

estas alturas, una cadena de picos gigantescos y pedregosos que dominaban las nevadas cimas de los que los rodeaban. Esa nieve permanecía aun en las hondonadas de las partes menos altas, y brillaba al sol al través del vapor azul-claro que armonizaba los tonos del paisaje, y acercaba casi hasta nosotros aquellas distantes montañas. En la cadena, una cortadura tan pronunciada como si se hubiera hecho con un cuchillo, nos hacia entrever la boca del desfiladero por donde habíamos de pasar. Un peñasco de forma extraña, situado en la orilla izquierda u occidental de este paso, cortado verticalmente, era el de que habíamos oído hablar con el nombre de la *Roche à Miette*, no lejos de Jasper-House.

Uno de los siguientes días, el Assiniboine nos llevó á una meseta al descubierto, donde no habia flores silvestres, situada al pie de la *Roche à Miette*, que se elevaba perpendicularmente sobre ella. Allí descargamos los caballos y nos detuvimos para descansar.

A medio día vimos muchas y recientes huellas del *bighorn* ó carnero pardo, que vive en el estado natural en las Montañas Pedregosas. El Assiniboine y Cheadle se fueron á caza y escalaron las ásperas pendientes que á la sazón cerraban completamente el valle. Los demás siguieron un camino bien trazado y que subia bruscamente, para evitar un derrumbadero, suspendido, por decirlo así, en aquel lugar sobre el río. Este camino se elevaba cada vez mas, rodeando las salientes rocallosas, ó escalando declives escarpados, verdes y resbaladizos. Llegó en fin el límite de la vegetación, que no estaba ya separado sino por un precipicio de la altura de las nieves perpetuas. Los caballos se detenian á cada paso, como deseosos de sustraerse á su árdua tarea.

No tardamos en disfrutar de lleno de la admirable perspectiva de las Montañas Pedregosas. Picos de las formas mas caprichosas se destacaban por todas partes sobre el cielo. Al Oeste, el Peñasco del Sacerdote (*la Roche du Prêtre*) pirámide de hielo, se alzaba deslumbrador sobre una montaña sombría cubierta de abetos; al Este, la notable *Roche à Miette*; en frente y á la espalda, montañas cónicas, almenadas y erizadas; y á centenares de pies debajo de nosotros corria el tortuoso Athabasca, que al salir del fondo de las montañas, al través de un angosto desfiladero, penetra en un valle bastante ancho, donde se dilata formando un lago de 3 ó 4 millas de largo, estrechándose luego de nuevo y dividiéndose en muchos brazos que encierran frondosas islas, y volviendo al fin á ensancharse para dar nacimiento á otro lago mas pequeño que el primero. Allí, entre ambos lagos, en la orilla izquierda del Athabasca, que parecia una mancha en el valle, se hallaba el reducido edificio de madera á que durante tanto tiempo habíamos deseado

llegar. ¡Con cuánta alegría lo vimos! Hasta entonces, en efecto, pudimos temer que en vez del camino de Jasper-House habíamos seguido un sendero trazado en las montañas por los cazadores.

Bajamos al valle por un camino igual al seguido para subir.

Jasper-House es una pequeña construcción blanqueada y limpia, ceñida por una estacada de poca altura, y situada en medio de un verdadero jardín de flores sin cultivo. El fuerte no tenia habitantes; mas, como el camino no conducia, al parecer, á otra parte, nos decidimos á pasar el río, y nos pusimos á cortar árboles para hacer una balsa.

Construcción de una balsa.—Los chuchuaps de las Montañas Pedregosas.—Paso del Athabasca.—El Peñasco del Sacerdote.—Sitio del antiguo fuerte Henri-House.—El valle del *Miette*.—Paso de las rápidas.—La línea de cumbres.—El lago del Estiércol de bisonte.—El Fraser.—Un día de camino por el agua.—El lago del Alce.—Caidas de Rockingham.—El puente de Mahoma.—Ramificación del Fraser, llamada antiguamente *Escondite de la Cabeza Amarilla*.—Pico de Robson. Inundación y bosque.—Pérdida de Giscuekarn.—Llegada al *Esconite*.

El 30 de junio trabajamos terriblemente con nuestras dos hachas, derribando pinos secos, la tarde avanzaba sin que hubiésemos cortado bastante madera, y teníamos que trasladarla á algunos centenares de metros á las márgenes del agua; fue, pues, preciso aplazar para el día siguiente el paso del río.

Milton y el hijo de Assiniboine se ofrecieron voluntariamente á atravesar á nado con los caballos el Athabasca, para llevar á la otra orilla las cuerdas de que nos era forzoso servirnos para guiar la balsa. Empresa era ésta no exenta de peligros, porque el río era ancho, y la corriente en extremo rápida. Al día siguiente, antes de haber terminado nuestros preparativos, un mestizo entró en nuestro campamento, y no pudo dejar de ser muy bien acogido por unos hombres que habian viajado tres semanas sin ver á ninguno de sus semejantes. Aconsejónos que no atravesásemos el Athabasca, sino subiendo algunas millas mas arriba del lago.

Preciso nos fue pasar muchas corrientes, ó quizá muchos brazos de un mismo río, que muy engrosado é impetuoso venia á desaguar en el Athabasca.

Los pasamos á caballo con grandes molestias, siguiendo paso á paso á nuestro guía. Solo M. O' B, que miraba con una aversión invencible la equitación desde que su caballo se habia tendido obstinadamente en el suelo al subir la montaña, se empeñó en pasar á pie, y en verdad que estuvo á punto de ahogarse.

Poco despues llegamos á una llanura arenosa, ricamente esmaltada de flores, donde acampamos cerca de un lago límpido y poco profundo, que comuni-

caba por una estrecha salida con el lago superior del Athabasca. Allí resolvimos esperar á Mr. Macaulay.

Aquella noche, dos indios chuchuaps que nos salieron al encuentro, trataron de herir con sus flechas unos peces blancos al resplandor de una antorcha, y cogiendo algunos, nos los vendieron por unas pocas municiones y tabaco. Flacos, enjutos de carnes y de pequeña estatura, eran menos robustos que los indios que hasta entonces habíamos encontrado. Sus facciones mas delicadas y bien delineadas, tenian una expresión mas dulce, pero tan inteligente como la de los demás. Por todo vestido llevaban una camisa y un ropón de piel de marmota; iban descalzos de pie y pierna, y ostentaban una larga y negra cabellera, sin adorno alguno. Estos chuchuaps de las Montañas Pedregosas habitan el país que se estiende entre Jasper-House y el *Escondite de la Cabeza Amarilla*, en la vertiente occidental, y pertenecen á la gran nación chuchuap, que habita las cercanías del lago Chuchuap, entre los dos brazos del río Thompson, en la Colombia Británica. Separados del grueso de sus tribus por una distancia de 300 á 400 millas, pobladas de bosques casi impenetrables, tienen con él escasas relaciones.

El 3 de julio llegó Mr. Macaulay, y estableció su tienda cerca de nosotros. Cenamos con él esquisitas truchas que habia pescado el día antes en aquellos lagos, y nos hizo saber que los tres mineros de quienes se habia dicho en Edmonton que habian concebido el proyecto de examinar los manantiales del Saskatchewan occidental, habian ya pasado y se dirigian al través de las montañas hácia el Caribú.

Mr. Macaulay nos indujo á tomar por guía hasta el *Escondite de la Cabeza Amarilla*, un viejo mestizo iroqués.

Bajo la dirección de éste volvimos á emprender nuestro camino, acompañándonos Mr. Macaulay y dos de sus criados hasta el punto en que debíamos atravesar el Athabasca. Cuando el camino no estaba debajo del agua, que algunas veces llegaba hasta el petral de los caballos, seguia á lo largo las escarpadas laderas del valle, que iba angostándose, y no llegamos á nuestro destino sino al cerrar la noche. En ella acampamos en la orilla del río, en un lugar donde abundaban los árboles secos, de los que los inmigrantes canadienses habian cortado ya algunos para hacer una balsa.

En la mañana siguiente todos pusimos mano á la obra, derribando y trasladando árboles. Terminada á medio día la balsa, hicimos entrar los caballos en el agua, y cuando los vimos llegar incólumes á la opuesta orilla, recompensamos á nuestros amigos los mestizos repartiendo entre ellos todo el rom que nos quedaba, obsequio que preferian á cualquier otro; y

despidiéndonos cordialmente de Mr. Macaulay y sus compañeros, proseguimos nuestra empresa.

En aquel sitio el río era poco profundo, ancho y sosegado, y lo salvamos sin la menor dificultad. Antes de llegar á la otra orilla, advertimos que habíamos dejado en la opuesta una de nuestras hachas, pero no volvimos por ella, porque no era cosa fácil dirigir una balsa tan grande; pero si hubiéramos podido adivinar cuan necesaria habia de sernos en lo sucesivo, todo lo hubiéramos arrostrado para recuperarla.

Al día siguiente, subiendo siempre á lo largo del Athabasca, encontramos una hermosa pradera, rodeada de colinas pobladas de abetos verdes casi hasta las cimas, y sobre la que descollaban erguidos picos cubiertos de nieve. Uno de estos picos, conocido con el nombre de *Peñasco del Sacerdote*, es notable porque su cúspide se asemeja á una pirámide cubierta de nieve. La pradera estaba alfombrada de flores, y un áspero montecillo señalaba el sitio del fuerte Henri-House, antiguo fuerte de las Montañas Pedregosas.

En este lugar el camino se desvia del valle del Athabasca, se dirige al Noroeste, y penetra en un barranco estrecho y pedregoso, llamado el valle del *Miette*. Esta corriente solo tenia mas de 30 metros de anchura, pero era profundo y rápido, y su lecho estaba lleno de gruesos guijarros. El camino se veia interceptado con frecuencia por enormes piedras y corpulentos árboles derribados, que oponian tales obstáculos al paso, que nuestros dos hombres tuvieron toda la tarde una penosa tarea, y los caballos avanzaban dando continuos saltos. Con gran trabajo adelantamos un poco, y acampamos aquella noche á orillas del *Miette*.

Durante toda la mañana siguiente presentó el camino iguales dificultades, y avanzamos con tanta lentitud como el día anterior. A medio día llegamos al punto en que debíamos pasar el río, y nos detuvimos para construir una nueva balsa. Ya en la otra orilla, caminamos penosamente por entre un estrecho barranco, donde las montañas bajaban hasta tan cerca del agua, que para ganar terreno nos fue preciso atravesar todavía seis veces el río, antes de caer la tarde.

En el último vado, las aguas se arrojaban sobre esta pendiente, formando una cascada espumosa é iracunda, y se arremolinaban tan impetuosamente alrededor de los enormes peñascos que entorpecian el paso del canal, que titubeamos mucho antes de resolvernos á meter allí nuestros caballos. Pero el iroqués rompió la marcha y pasó con toda felicidad, aunque su caballo saltaba, tropezaba y apenas podia tenerse en pie. Al ver esto, lanzamos tambien nuestras acémilas delante de nosotros, y entramos en el



agua, que les llegaba hasta mas arriba del pecho. Los pobres animales luchaban contra la corriente, resbalaban sobre las piedras lisas, tropezaban sin cesar, y se sostenian á costa de extraordinarios esfuerzos.

Al día siguiente subimos la orilla derecha ó meridional del Miette, último sitio en que se atraviesa tan fatigoso rio; allí vimos una balsa amarrada al otro lado cerca de unos sauces, y dejada sin duda por los tres americanos que habian atravesado este torrente pocas semanas antes que nosotros.

Proseguimos nuestro camino bordeando la falda de montañas cubiertas de abetos, que empezaban á alejarse del agua. Uno de los picos nevados mas próximos nos recordaba el piramidal Peñasco del Sacerdote, y en nuestro rededor aumentaba el número de las montañas de blancos pináculos.

Aquella noche se instaló nuestro bivar no lejos del arroyo que nuestro iroqués denominaba Pipestone, y que es uno de los manantiales del Miette. El sitio, muy pintoresco, era una llanura matizada de flores y cercada por las Montañas Pedregosas, que se desplegaban en toda su grandeza.

El día siguiente 9 de julio, el camino era mas llano. Cinco días hacia ya que habíamos partido de Jasper-House, y nos causó gran sorpresa encontrar un arroyo que se dirigia al Oeste. Habíamos, pues, traspasado sin advertirlo, la línea de separacion de las aguas, y entrado en la vertiente del Pacífico.

Aquella tarde llegamos al lago del Estiércol de bisonte, abundante en truchas.

El 10 llegamos al Fraser, que bajaba del Sudoeste por una estrecha garganta, y pocas millas mas abajo se desplegaba formando el lago del Alce. Nuestro camino costaba la orilla derecha ó septentrional del Fraser, que se habia desbordado, y nuestra marcha llegó á ser en alto grado penosa y difícil, pues la mayor parte del día trascurrió marchando por el agua, y el resto lo invertimos en arrastrarnos por lagunas llenas de troncos derribados.

Peor aun nos fue el 11 de julio, porque hubimos de vadear el rio Alce, operacion dificultosa, toda vez que el agua en sus partes profundas pasaba del pecho de los caballos.

Antes del mediodía llegamos al lago del Alce, cuyas aguas tocan la base de las montañas que las rodean. También fue este un día empleado en andar por el agua, donde los caballos caian en los agujeros y nadaban á la casualidad, empapando nuestra harina y nuestro pemmican. El sol se puso cuando todavía nos separaban de nuestro objeto muchas millas, y nos vimos en la necesidad de pasar la noche en un arenal, donde no habia ni una brizna de yerba para nuestros animales, abrumados por el cansancio y el hambre, que pasaron toda la noche vagando de un lado á otro.

El lago del Alce tiene unas 15 millas de largo y tres de anchura; el paisaje es dilatado y muy silvestre, y en las orillas chocaban con estruendo innumerables arroyos. A esta hermosa serie de cascadas dimos el nombre de *Cascadas de Rokingham*.

La bajada de la vertiente occidental era continua y muy rápida, aunque no escarpada. La vegetacion iba modificándose á medida que entrábamos en la cuenca del Pacífico, y empezamos á ver el cedro y el pino plateado. Con asombro mirábamos una especie de aralia, una gran liana espinosa, muchos géneros de la familia de las rosáceas y algunas plantas anuales. En su conjunto, la espesura era mas alta, y los enormes pinos que nos cerraban el paso hacian nuestra marcha escesivamente molesta.

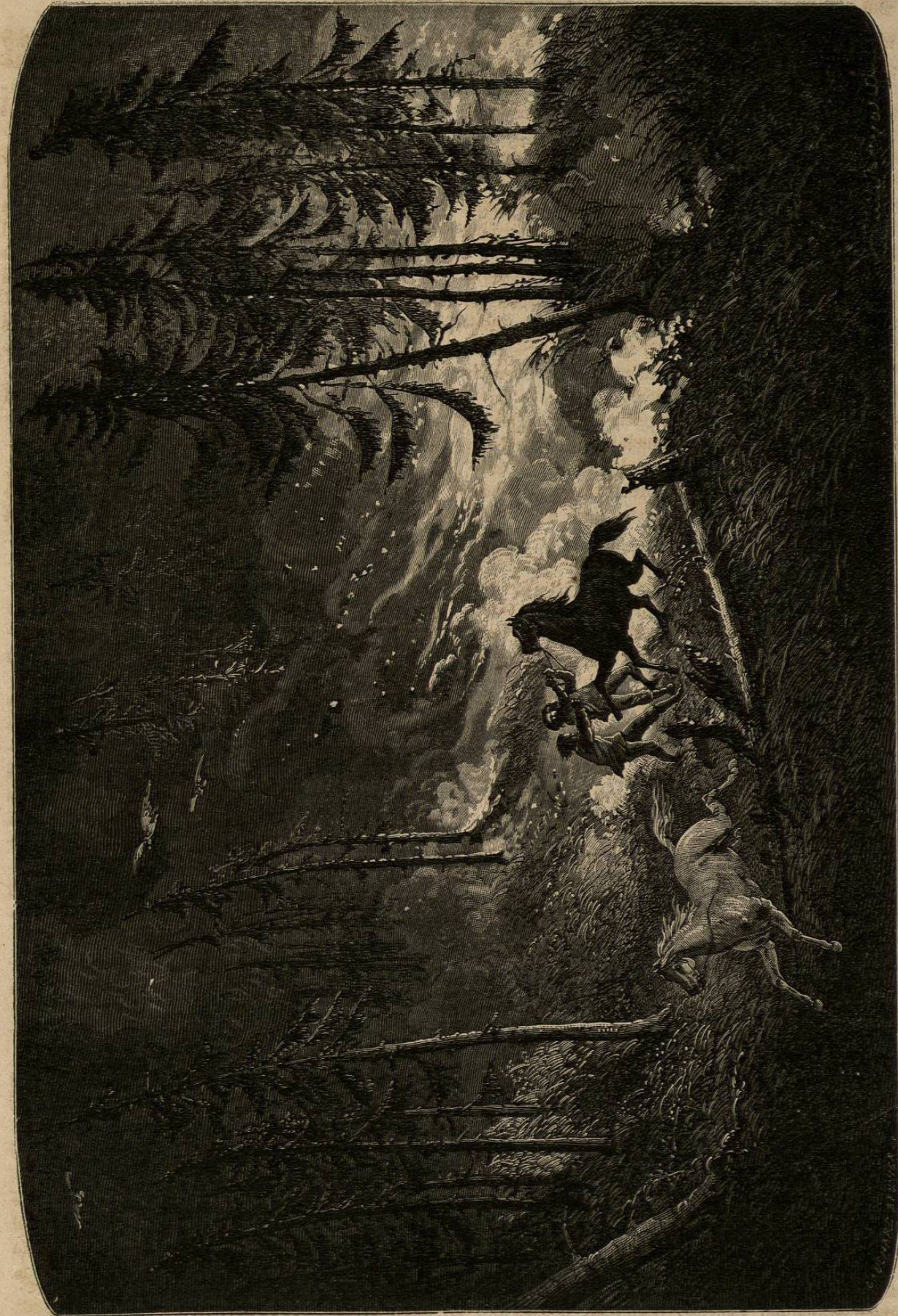
En la tarde del 13 llegamos á un sitio en que el camino pasaba á lo largo de un enhiesto derrumbadero formado de esquisto que caia deshecho en polvo. El sendero solo tenia algunas pulgadas de ancho, y apenas bastaba para el paso de los caballos; era de tal manera estrecho y angosto este desfiladero, que lo bautizamos con el nombre de *Puente de Mahoma*.

El paisaje era entonces realmente bello; las montañas cerraban el valle muy de cerca, y en toda su estension. En lo profundo bramaba el rio, estrellándose con furia sobre los peñascos que cubrian su álveo.

En la mañana del 14, algunas horas de marcha nos condujeron á la gran ramificacion del Fraser, donde un brazo de considerable estension, procedente del Norte ó del Nordeste, se reune por cinco diferentes bocas á la corriente principal del Fraser, que habíamos hasta entonces seguido. Preciso fue hacer un alto para examinar los vados por donde podríamos atravesar sin peligro aquellas hinchadas aguas. Esa ramificacion del Fraser es lo que antiguamente se llamaba el *Escondite de la Cabeza Amarilla*, porque un trampero iroqués, llamado la *Cabeza Amarilla*, habia establecido allí el escondrijo en que guardaba las pieles cogidas en la vertiente occidental de las montañas.

El sitio es magnífico y de una grandeza superior á toda descripcion. En el fondo de una garganta estrecha y lapídea, cuyos costados estaban cubiertos de sombríos abetos, y mas arriba, de arbustos de hojas de color verde-claro, corria como una flecha el impetuoso Fraser. Por todas partes las nevadas á cimas de las poderosas montañas coronaban el barranco, é inmediato á nuestra espalda descollaba, gigante entre los gigantes, en su inconmensurable dominacion el Pico de Robson. Este magnífico monte está erizado de peñascos llenos de ventisqueros, y su forma es la de un cono.

Nuevas dificultades nos fue preciso superar des-



El bosque inundado.



pues de pasar el antiguo Escondite: ¡torrentes profundos, barreras de árboles caídos de 10 en 10 metros, y el valle inundado!

Al día siguiente 15 de julio, continuamos nuestra lucha contra las inundaciones, pero experimentamos una pérdida irreparable. Habíamos cogido por la brida los caballos que llevaban la harina y el pemmican, á fin de impedir que arrojándose como el día antes, en el agua profunda, nos inutilizasen ó hiciesen perder nuestras provisiones. Dos de los demás que iban solos, Bucéfalo, y el que con mucha razón habíamos llamado el *loco*, perdieron la orilla, cayeron en la corriente y fueron arrastrados en un instante.

Poco tardamos en perderlos de vista. El iroqués y el hijo del Assiniboine se lanzaron á cogerlos, mientras nosotros marchábamos con los restantes caballos; pero volvimos á verlos á una media milla mas abajo, pues habian hecho hincapié en un fondo alto en medio del torrente. Como en aquel momento llegábamos á uno de esos raros jardines que la naturaleza se complace en engalanar con flores y enriquecer con fresas en lo mas escondido de las montañas, allí establecimos nuestro vivac. Viendo estábamos á los dos animales que seguian en el rio, y esperábamos que intentarían unirse á sus compañeros en la orilla. Bucéfalo, en efecto, se dirigió hácia nosotros; pero como el *loco*, en vez de tomar la buena direccion, se habia lanzado en medio del torrente, Bucéfalo, despues de un momento de duda, le siguió en la corriente, cuya fuerza era irresistible.

El Assiniboine acudió en su socorro, y pronto nos dejó detrás, pues tenia una maravillosa facilidad para vencer los obstáculos. Por lo que á nosotros respecta, solo podíamos ver á lo lejos nuestros caballos, que parecían unas manchas en la superficie del torrente: unas 2 millas mas abajo otro fondo alto les permitió hacer un nuevo hincapié, lo que dió al Assiniboine el tiempo suficiente para reunirse á ellos. Pero el torrente era tan impetuoso, que volvió á arrastrarlos; no obstante, Bucéfalo que habia visto al Assiniboine, se encaminó hácia él. Este, saltando al agua tendió sus brazos al cuello del animal, que relinchó de placer ante su libertador, y ambos al fin ganaron la orilla. El buen éxito del Assiniboine nos pareció milagroso, y largamente recompensamos su intrepidez.

El pobre *loco* fue arrastrado por la corriente y no volvimos á tener noticia de él. Esto fue para nosotros un verdadero desastre, pues nos quedamos sin té, sin sal y sin tabaco, porque la provision de estas gollerías las llevaba el caballo perdido; y en cuanto á municiones, pajueltas y vestidos solo teníamos lo que llevábamos encima. Papeles, libranzas, objetos de valor, instrumentos y relojes, el herbario de Cheadle,

el capote de búfalo y la manta de Milton, todo, todo corría atropelladamente hácia el Océano Pacífico. Sin embargo, algunos motivos de consuelo hallamos en nuestro infortunio, porque no habíamos perdido ninguno de los objetos absolutamente necesarios á nuestra existencia: nos quedaban la harina y el pemmican; y gracias al Assiniboine y á Bucéfalo, salvamos nuestro diario, sin el cual no hubiera visto la luz pública esta obra.

M. O'B perdió tambien sus cartas de recomendacion, su olla de estaño y un par de anteojos.

El Escondite de la Cabeza-Amarilla.—Naturaleza del pais.—Vista admirable.—Vertiente occidental de las Montañas Pedregosas.—La *pera* ó sorba.—Escasez de datos.—El iroqués vuelve á Jasper House.—Piérdese el caballo de M. O'B.—Partida del Escondite.—El rio Canot.—Arriesgada aventura en una balsa.

Llegamos al Escondite de la Cabeza-Amarilla el 17 de julio, y en la mañana del 18 atravesamos el Fraser, cuyas aguas corrian con rapidez sobre su peñascoso lecho, formando terribles olas que hacian saltar cual si fuera una cáscara de nuez la leve canoa que los chuchuaps habian construido de un árbol.

Algunas millas mas abajo del Escondite de la Cabeza-Amarilla, el Fraser que desde el lagó del Alce, corre casi siempre rectamente hácia en Oeste, recibe un tributario que viene del Sur, y forma un coda hácia el Norte; y si ha de darse asenso á los indios, recibe tambien un poco mas abajo un rio importante, que baja del Nordeste. El Escondite está situado en un valle triangular, y parece fértil en parte; pero, inmediatamente al Sur, se estiende una zona de terrenos arenosos y ondulados, donde crecen abetos, y termina la fila de alturas que dividen las cuencas ó regiones hidrográficas. Mas allá empiezan los espesos bosques regados por el Thompson septentrional.

Si se mira hácia el Oeste, la perspectiva que se goza del Escondite es, en nuestro concepto, una de las mas maravillosas del mundo. En toda la distancia que puede abarcar la vista, al Norte, al Sur y al Oeste, las montañas se elevan unas sobre otras; la mayor parte, cubiertas de nieve, solo están separadas por valles muy estrechos, y al parecer, se estienden hasta el Pacífico.

Acabábamos de atravesar la cadena principal de las Montañas Pedregosas, y estábamos seguramente en la Colombia Británica; no obstante, con gran sorpresa nuestra, todavía nos encontrábamos en medio de ellas. En realidad, las montañas que desde las praderas del lado oriental se elevan al parecer como una muralla, se prolongan hasta el Océano occidental. La repetición exacta de esta vista solo se descubre desde los Montes Calvos, en el Caribú. M. Fraser, de Victoria, que habia visitado los Andes y el Hima-

laya, nos ha asegurado que nada puede compararse con los centenares de millas de montañas que la Colombia Británica.

Como este sitio era bueno para que los caballos forrajeasen, resolvimos permanecer allí un día, que empleamos en secar nuestras provisiones y en recoger todos los datos que los chuchuaps pudiesen darnos, relativos á la continuación de nuestro viaje. Los indios nos trajeron en gran abundancia lo que llamaban *peras*, que son una especie de sorbas ó cormas, por las que dimos algunas agujas ó hilo. Este fruto procede de un arbusto llamado serbal ó sorbal, de 2 ó 3 pies de altura, y cuyas hojas son parecidas á las del peral. Los naturales de la Bahía de Hudson aseguran que donde quiera crece este arbusto puede cultivarse con ventaja el trigo. Sus frutos tienen poco mas ó menos el tamaño del casis y la forma de una pera, y su sabor es exquisito: son muy estimadas por los indios de ambos lados de la montaña, que las desecan para el invierno. Milton sustituyó el capoton de bisonte que habia perdido en nuestra última desventura con un par de otros de marmota para cubrirse por la noche, y compró á los indios algunas grandes piritas de hierro de que se servian como pedernales, y dos extrañas pipas de piedra de que se desprendieron tanto mas fácilmente cuanto que, como nosotros, carecían de tabaco.

Dispuestos estábamos á partir el 19, cuando una fuerte lluvia vino á detenernos hasta el día siguiente. Seis semanas hacia que habíamos salido del fuerte de Edmonton, y solo dos tempestades acompañadas de truenos habian turbado un tiempo siempre cálido y hermoso. Al día siguiente mejoró el cariz, y el iroqués regresó á Jasper-House. Poco despues quisimos reunir nuestros caballos para emprender nuestro viaje al Caribú, pero no pudimos dar con el de M. O'B, á pesar de haberle buscado por espacio de algunas horas.

Un jóven chuchuap se prestó á acompañarnos durante un día, para señalarnos el camino recorrido por los inmigrantes, pues nos proponíamos seguirlo hasta la mayor distancia posible, con la esperanza de llegar al Caribú. Al principio atravesaba un país llano, arenoso, ondulado y escasamente cubierto de abetos. Pasamos un humilde afluente del Fraser, seguimos las orillas de un pequeño lago, y por la tarde habíamos rebasado, sin apercibirnos de ello, el límite que separa las cuencas del Fraser y del Columbia. El chuchuap pasó la noche con nosotros, nos puso al día siguiente en el camino que buscábamos y volvió á su hogar. De él nos despedimos sin sospechar siquiera las fatigas que aun habíamos de arrostrar, y el tiempo que trascurriría antes de que tuviésemos la buena suerte de volver á encontrar otro hombre.

Aquí la senda se dirigía á la derecha para entrar

en el mas occidental de los dos estrechos valles entre que está dividido el del Escondite por la línea de alturas que se dirige hácia el Sur, y lleva en el mapa el nombre de *Cadena de Malton*. Al cabo de una milla llegamos al rio Canot, afluente del Columbia, que corre hácia el Sudeste, y se ha labrado en este suelo arenoso un profundo cauce. Bajamos una brusca pendiente para llegar al valle del rio, que cortábamos casi en ángulos rectos; pero las aguas engrosadas hacian muy violenta la corriente, las orillas estaban obstruidas por maderas flotantes y por árboles que se inclinaban sobre ellas. Fué preciso, por consiguiente, subir un poco el rio para encontrar un sitio en que pudiésemos pasarlo en balsa. Llegamos al fin á un lugar desembarazado, cerca del cual habia algunos abetos secos, y donde la orilla opuesta estaba menos atestada de troncos, piedras y malezas.

Despues de haber hecho pasar los caballos, empezamos á construir la balsa. Cuando estuvo terminada nos dispusimos á pasar, pero tal era la impetuosidad de la corriente, que antes de que empezásemos á maniobrar, fue arrastrada aquella. Envueltos en una rápida furiosa, lo pasamos como una flecha, siendo lanzados contra un grueso abeto al través de cuyas ramas inferiores entraba el agua con tanta violencia como bajo la rueda de un molino. ¡*A tierra! ¡a tierra con la cuerda!* gritó el Assiniboine; y en el momento de pasar cerca de la orilla, dando en el agua un salto verdaderamente desesperado, se asió á los arbustos, escaló la orilla, y ató su cuerda á un árbol. En el mismo instante Cheadle saltó tambien con su cuerda; pero estas, podridas por la humedad, se rompieron cual si fuesen un hilo, y la balsa, impelida hácia el abeto, desapareció súbitamente. Milton y la mujer del Assiniboine fueron arrastrados á su vez; por lo que respecta á M. O'B, este consiguió, merced á una casualidad inesplicable, asirse á la balsa, y le vimos reaparecer con ella mas abajo, sentado, silencioso é inmóvil. El Assiniboine y su hijo, que á la par habian saltado á tierra, se arrojaron en busca de la balsa. Cheadle se disponia á seguirles, con la vaga idea de que todos, escepto él, se habian ahogado, cuando oyó un grito que salía del abeto tendido en el agua. Mirando en aquella direccion, vió á Milton agarrado á las ramas, con el cuerpo atravesado debajo del tronco, y la cabeza alternativamente cubierta ó descubierta por el agua. La mujer se encontraba un poco mas lejos en idéntica situacion, y uno y otra corrian el inminente peligro de ser arrastrados á cada momento. Cheadle les gritó en nombre de Dios; que se mantuviesen firmes, y deslizándose por debajo del árbol, consiguió coger á Milton, que estaba mas inmediato á él.

En seguida, corrimos ambos con las mayores precauciones al socorro de la mujer, que afortunadamen-